

George L. MOSSE: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, traducción de Ángel Alcalde, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2016 [ed. original en inglés de 1990], 310 pp. ISBN: 978-84-16515-39-4

Claudio Hernández Burgos

Mitos y realidades de la experiencia bélica en las guerras mundiales

Muchos años –quizás demasiados– ha tardado en ver la luz la traducción castellana de una de las obras más significativas del renombrado historiador alemán George L. Mosse. *Soldados caídos* es, sin lugar a dudas, uno de esos libros ya clásicos cuya temática, extensa y atrayente, le convierte en objeto de atención para especialistas interesados en periodos históricos y realidades nacionales diversas. Cuando la primera edición de la obra vio la luz en el año 1990, eran ya varios los investigadores que se habían interrogado por problemáticas similares, como Eric J. Leed, Robert Wohl o Paul Fussell. Sin embargo, *Soldados caídos* marcó un punto de inflexión por su perspectiva centrada en la vivencia de la guerra por parte de los soldados y, en particular, por los voluntarios. La capacidad para abordar de una forma conjunta cuestiones tales como la camaradería, el culto a los caídos, la vida de trinchera, la cotidianeidad de la guerra o su trivialización resultó sumamente estimulante para muchos historiadores y convirtió el libro en un referente obligado para los estudiosos de las guerras mundiales, el nazismo o el nacionalismo. Más de un cuarto de siglo después, muchos de sus postulados mantienen una absoluta vigencia.

La edición española de la obra se abre con un estudio preliminar por parte de Ángel Alcalde Fernández, autor también de la traducción. En él, glosa las virtudes del libro al que define como una “historia cultural de la guerra moderna” (p. 15) cuyo carácter transnacional resulta uno de sus puntos fuertes. Sin embargo, Alcalde pretende hacer mayor hincapié en la controversia despertada por las tesis mosseanas y, en especial, por su “teoría de la brutalización”. Para ello, se apoya en las conocidas tesis del conocido historiador francés Antoine Prost, quien en su artículo “The impact of war on French and German political cultures”, publicado en 1994, mostró profundas discrepancias con las afirmaciones del historiador alemán acerca del proceso de brutalización experimentado por los excombatientes de la Gran Guerra como consecuencia de su participación en la contienda.



En la introducción de *Soldados caídos*, Mosse desgrana lo que entiende como “mito de la experiencia de guerra”, sin duda uno de los conceptos más fértiles aparecidos en su estudio. Un término acuñado para explicar el proceso mediante el cual la Primera Guerra Mundial se transformó en un hecho lleno de significado para quienes se vieron envueltos en ella, pero que contribuía a enmascarar y legitimar una realidad mucho menos idílica llena de sangre y muerte. Para Mosse la aparición del mito respondió al encuentro de miles de hombres con la muerte de masas que llevó a la búsqueda de soluciones que hicieran más llevadero el sufrimiento, la destrucción y el derramamiento de sangre. Ciertamente, como el autor acertadamente señala, el mito de la experiencia de guerra no operaba en el vacío, pues eran muchos los hombres que voluntariamente se habían presentado a filas. Pese a ello, éste no dejaba de ser una idealización de la contienda que acabó por ser sacralizada.

En la primera parte de la obra se analizan los orígenes del mito de la experiencia de guerra. En primer lugar, Mosse se remonta al periodo de la Revolución Francesa para explicar las profundas transformaciones que afectaron al modo de entender la guerra y sus contendientes. La conversión de los soldados de mercenarios a ciudadanos luchando por la nación, el fin de las guerras dinásticas o la concepción de la misma como un evento que da nuevos significados a la vida o como “test de masculinidad” fueron las más relevantes. Sin embargo, el culto a la muerte habría sido la pieza fundamental en la construcción del mito. En efecto, la muerte en guerra proveyó de mártires a la nación, provocando la creación de lugares de culto, liturgias y rituales —muchos de ellos inspirados en el cristianismo—, cementerios y, sobre todo, monumentos que perpetuarían la memoria de los caídos que, por primera vez, darían culto al soldado común en detrimento de los grandes “héroes”.

Buena parte de las tesis principales del autor se concentran en la segunda parte de la obra, dedicada al periodo de la I Guerra Mundial. En el capítulo cuatro se desentraña la relación entre la juventud y la experiencia de guerra. Se tratan de rastrear las diferentes motivaciones por las que los soldados acudieron al frente. Entre ellas destacan cuestiones como el entusiasmo, la búsqueda de sentido de la vida, el rechazo a una sociedad aparentemente petrificada o las reticencias ante unos modos de vida considerados mediocres. Y es que —como también se reflejara en la obra de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*— para muchos, la guerra se convirtió en un desafío, una escapatoria, una alternativa vivificante frente una realidad aparentemente anquilosada y agotada.

En íntima relación con el tema de la juventud se examina el desarrollo del culto a los caídos durante la Gran Guerra. Su expansión resultaría fundamental para la mitificación de la contienda, en la medida en que ayudaba a la difusión de una narrativa exaltadora de la guerra y difuminaba sus más trágicas consecuencias. La glorificación de los jóvenes caídos se transformó de este modo en un jalón más del culto a la patria y, hasta cierto punto, en una religión cívica. En torno a los cementerios, la repatriación de los cuerpos o los monumentos a los caídos se crearían toda una serie de rituales y liturgias que manipularon la memoria bélica de cara a la población. En ese proceso, la naturaleza resultó un pilar esencial, como se apunta en el capítulo 6. En ella se buscaron valores como el orden, la belleza o la resurrección nacional. Pero tildar a los aviadores como “guardianes de los cielos” o vincular la muerte de los soldados con la eternidad provista por la naturaleza, no escondía el propósito de que esta conexión con el medio natural buscaba disfrazar los horrores bélicos.

El último capítulo de esta parte analiza quizás uno de los aspectos más sugerentes del libro como es el proceso de trivialización de la guerra mediante el cual ésta se convirtió en una materia corriente y común, dejando de ser algo tremendo y aterrador. El autor se detiene en las maneras a través las que los combatientes utilizaron objetos familiares y cotidianos para minimizar el impacto de la experiencia bélica y, al fin y al cabo, sobrellevarla lo mejor posible. Conservar una cabeza de un proyectil, hacerse con una armónica en forma de submarino o utilizar postales de guerra se transformó en una vía para situar la guerra en el plano de lo cotidiano y desposeerla de su carga más agresiva y violenta. Incluso el humor de mal gusto que podía representar frivolar con ataques de gas, ridiculizar al enemigo u organizar visitas al frente se trasladó al terreno de los niños que, de algún modo, libraban su propia guerra a través de sus juguetes y de sus juegos infantiles. El proceso de trivialización, en fin, no ayudaba tanto a consolar las penas de quienes vivían la guerra, sino a proyectar una falsa sensación de dominio de los terribles acontecimientos que padecían.

La tercera sección del libro se enmarca en el periodo de posguerra. En el octavo capítulo Mosse expone detalladamente sus tesis en torno a la brutalización, avanzadas años atrás en algunos de sus textos. Fundamentalmente, defiende que, como consecuencia de la experiencia bélica, se produjo una continuación de las actitudes propias de la guerra en tiempos de paz, llegándose a la brutalización de la vida política. Mosse admite que este proceso se mantuvo bajo control en países como Inglaterra o Francia, pero naciones como Alemania presenciaron un salvajismo sin precedentes. A continuación, el autor explora las conexiones entre la brutalización de posguerra y el surgimiento de movimientos ultranacionalistas, especialmente el nazi. La apropiación de los mártires de la guerra, el uso del estereotipo del “hombre nuevo” o la mitificación de la guerra encajaron a la perfección en la ideología fascista. Por último, el autor examina lo sucedido durante la II Guerra Mundial. En ella, de acuerdo con Mosse, permanecieron los elementos que habían dado forma al mito de la experiencia de guerra, pero éste fue perdiendo fuerza por las propias características de la contienda. La camaradería se desprendió de sus connotaciones más agresivas, la muerte se vio como el efecto más indeseado de la brutalidad bélica y el deseo de paz fue en buena medida universal.

En su conjunto, la obra de George L. Mosse es un auténtico ciclón de ideas sugerentes y de interesantes hipótesis, que resultan de enorme utilidad para investigadores dedicados a periodos y temas muy diversos. No solo el mito de la experiencia de guerra, sino también el análisis que realiza del culto a los caídos, la idea de la brutalización de la política en la posguerra o el proceso de trivialización de la experiencia bélica constituyen tesis trasladables a otras realidades nacionales y a otros conflictos. Probablemente, la mirada propuesta por Mosse –como ocurre en muchos estudios comparativos y de largo recorrido– requiera una mayor profundidad de análisis y la delimitación de espacios más acotados que maten algunas afirmaciones tajantes y generalizaciones que recorren la obra. Pero no se puede ocultar que el enfoque cultural adoptado por Mosse fue tremendamente innovador en su momento y que muchas de sus tesis principales siguen siendo hoy aceptadas. Desde esta perspectiva, *Soldados caídos* seguirá siendo un libro de referencia por lo menos durante un buen puñado de años. Al menos, sería indicativo de que los investigadores seguimos interesados en la vivencia de los fenómenos traumáticos y en cómo son experimentados individual y colectivamente.